

al campo de batalla, hacian que los llevasen en sillas al rededor de la brecha, y armados de una espada que apenas podian levantar con las dos manos, esperaban con un valor á que no alcanza la naturaleza que fuesen á su encuentro los enemigos, ya que ellos no podian ir á buscarlos.

Luego que amaneci6, se presentaron los bárbaros al asalto, dando gritos de alegría, como si fueran á conseguir un triunfo que, en su concepto, no podia disputárseles (1); pero no habian llegado aun adonde ellos se figuraban. La proximidad de una muerte voluntaria y comun entre los soldados y los caballeros, habia inspirado á todos ellos igual valor. Se presentaban al enemigo con la misma satisfaccion que si fuesen á alcanzar una victoria segura. Los que no podian pasar adelante, peleaban desde sus sillas con armas de fuego, y despues de haber consumido todas las municiones, buscaban mas en el repuesto de los que morian á su lado. De este modo se sostuvo un asalto de cuatro horas continuas, que redujo la guarnicion á sesenta hombres, ó por mejor decir á sesenta leones indómitos, que desbarataban y llenaban de terror á millares de musulmanes. Algunos soldados cristianos se habian mantenido encima de un caballete, construido en la parte anterior del fuerte; y atendiendo á la deplorable situacion de los sitiados, fué necesario llamarlos para rechazar el peligro mas urgente. Al ver este movimiento el general turco, mandó en el mismo instante que cesase el asalto, como si se viese precisado á desistir de la empresa; y al punto hizo que se pusiesen algunos genizaros en el caballete, desde donde se podia entrar en los parages mas ocultos del fuerte. Emplearon los cristianos este momento de descanso en bendarse las heridas, no tanto para prolongar la vida como para vender mas cara la poca que les quedaba.

A las once de la mañana volvieron los

(1) P. Boissat, p. 2, p. 855.

turcos al asalto. Desde lo mas elevado del caballete, elegian, por decirlo asi, los genizaros á los que querian matar, sin ningun temor del enemigo, el cual no tenia ya con qué ofender desde lejos. Muy en breve no vieron en la plaza mas que muertos y moribundos, en número de unos seiscientos: lo que pusieron en noticia del resto del ejército, y entonces se arrojaron en el fuerte todos los infieles. Solo encontraron algunos estropeados, y recogiendo unos las pocas fuerzas que les quedaban, se abalanzaron á las primeras filas, y pudiendo apenas los otros manejar sus picas ó sus espadas combatieron desde su sitio hasta que cayeron muertos. A escepcion de cinco malteses que fueron á nado hasta entrar en la poblacion ó el Burgo, y unos veinte ó veinticinco entre soldados y oficiales, que fueron libertados por los marinos, todos fueron indignamente destrozados, sin perdonar á los heridos que apenas conservaban algun aliento vital. El feroz bajá hacia que se buscase á estos entre los muertos; se colgaba á los caballeros, atándolos de un pié á la bóveda de la capilla; se les arrancaba el corazon, se les cortaban las manos, se les hacian anchas incisiones con los alfanges en la espalda y en el pecho, figurando la seña de la cruz; despues de esto los descuartizaban, los clayaban en maderos, y los echaban al mar, cuyo flujo los llevaba á la orilla del Burgo. Se desesperaba Mustafá al ver el miserable fuerte de San Telmo, comparándole con la pérdida enorme que habia padecido en él, pues se asegura que por la parte mas corta perdió ocho mil hombres de sus mejores tropas. La Religión perdió mil y doscientos, y entre ellos ciento y diez caballeros. Para enseñar el gran maestro al mahometano á no hacer la guerra como un verdugo, mandó pasar á cuchillo á todos los prisioneros turcos, y por medio del cañon hizo que se arrojasen las cabezas á su campamento. Tambien mandó que en lo sucesivo no se les diese cuartel, no solo por via de represalias, sino mas principalmente para quitará

su tropa toda esperanza de composicion, y para persuadirla que el único medio de salvarse era salvar la isla.

No es de nuestra inspeccion referir por menor los demas sucesos del sitio de Malta, ni todas las proezas de la constancia invencible que opusieron sus defensores al furor obstinado de los infieles. Basta lo que se ha visto para concebir lo que puede el valor fundado en la Religión, la que, bien entendida, será siempre el móvil mas poderoso de las virtudes militares y civiles, y por consiguiente el mas firme apoyo de los Estados. Habiendo embestido los turcos á un mismo tiempo el Burgo, el castillo del Santo Angel y el de San Miguel, llamado por otro nombre la isla de la Sangle, los caballeros, acudiendo bajo las ordenes del gran maestro á donde era mayor el peligro, resistieron á todos los ataques, á todas las sorpresas y á unos asaltos reiterados infinitas veces por todo el ejército otomano, á fin de rendir con la fatiga á los que no podian vencer con las armas. Despues de la toma de San Telmo, fué tambien el virey de Argel á reunirse con el bajá, llevándole, entre otros refuerzos, lo que se llamaba los valientes de Argel, que era una tropa de dos mil y quinientos hombres arrestados, los cuales hacian profesion de no conocer ningun peligro.

Pero el valor de los caballeros habia pasado al corazon de todos los malteses. Los marineros, los vecinos de la capital, los aldeanos, hasta los niños y las mugeres, todos servian á su modo, ó por mejor decir, parece que habian mudado de estado y de naturaleza. Estando para caer en poder del enemigo el espolon del castillo de San Miguel, echaron mano á las hondas unos doscientos muchachos que las manejaban con mucha destreza; y dispararon una nube de piedras contra los turcos; y atendiendo á todo la Valette, ángel tutelar de Malta, despachó un destacamento que acabó de desbaratar á los bárbaros, y fueron arrojados al foso desde la muralla cuando iban ya á co-

locarse en ella. Tomando parte las mugeres en los trabajos y peligros de sus padres, hermanos y maridos, les llevaban refrescos y municiones de guerra; arrojaban por si mismas encima de los musulmanes fuegos artificiales, agua hirviendo y pez derretida, y no conocian otro peligro que el de caer vivas en sus manos impuras. Murieron muchas de ellas á manos de aquellos bárbaros que se preciaban de tratarlas con la misma inhumanidad que á los hombres. Los cristianos de todas edades, de uno y de otro sexo y de todas condiciones, trabajaban infatigablemente de dia y de noche en hacer las zanjas y atrincheramientos que era necesario sustituir á cada paso en lugar de los parapetos y murallas arruinadas; y las mas veces en un terreno abrasado, espuestos al fuego de la artillería, entre el tumulto y la griteria de los combatientes y las quejas y gemidos de los heridos de uno y de otro sexo, que espiraban mezclados unos con otros debajo de montones de ruinas sangrientas y de armas destrózadas.

El mismo gran maestro fué peligrosamente herido, y disimuló su herida con gran serenidad todo el tiempo que duró la accion en que habia recibido el golpe. Se creía con razon que de la conservacion de su vida dependia la suerte de la isla y del Estado; pero él estaba persuadido de que dependia mucho mas del desprecio con que él manifestase que miraba á la muerte. Habiéndole dicho un comendador antiguo, por haberlo oido á un desertor, que habia jurado el general turco la muerte de todos los caballeros al filo de la espada, y que habia de reservar al gefe para presentarle al Gran Señor: «No le dejaré yo (replicó este grande hombre) que me separe de mis hermanos. Si contra mi esperanza tuviese este sitio un éxito desgraciado, tomara yo el uniforme de un soldado raso, y porque no se viese en Constantinopla un gran maestro cargado de cadenas, me arrojaria con espada en mano en medio de los batallones mas apiñados, donde

podria hacer que les costase cara esa loca presuncion. Rara vez es vencido un valor de esta naturaleza. Cuantos ataques ha podido inventar el arte funesto de la guerra, todo se puso en práctica: trincheras, plazas de armas, reductos, caballetes ó caballeros, zapas, minas, escaladas, baterías multiplicadas y dirigidas á todos los puntos, asaltos renovados casi todos los dias, fuegos artificiales, carcases y máquinas infernales: pero todo se frustró, no por la fuerza de las murallas ó de la guarnicion, sino por el valor de los caballeros, y principalmente de la Valette, que venia á ser el alma universal de aquel pueblo de héroes. Desde la misma enfermería, en la que apenas podian sostenerse los heridos, salian valerosamente en los momentos de alarma, y á ejemplo de los del fuerte de San Telmo, buscaban la muerte en la brecha por no esperarla en sus camas. Las mugeres se vestian de hombres, se ponian en fila entre los combatientes y peleaban con el mayor denuedo.

Por fin llegó el socorro de Sicilia cuando estaba ya Malta casi enteramente libre por sus propias fuerzas. Consistia en seis mil hombres efectivos; pero los bárbaros, que por espacio de cuatro meses habian experimentado tan considerables pérdidas, peleando con un número de caballeros infinitamente menor, creian que en cualquier parte habian de hallar aquellos mismos héroes. Sin informarse del número ni de las circunstancias de los auxiliares, levantaron precipitadamente el sitio, y volvieron á embarcarse, abandonando la artillería gruesa, como tambien el fuerte de San Telmo, donde el gran maestre puso desde luego nueva guarnicion. Destruyó sus obras y cegó sus trincheras, trabajando de dia y de noche todos los isleños con un ardor indecible. Pero apenas volvieron á sus naves los generales turcos, cuando se avergonzaron de una precipitacion que en nada se diferenciaba de una derrota, y mas no teniendo otro motivo que el temor que les causaron algunos millares de sicilianos,

fatigados del mar, mandados por gefes que no procedian con la mayor armonia, y que en fin no llegaban á la tercera parte de los otomanos que quedaban todavia en buen estado. Sin embargo, todo fué incertidumbre en sus consejos y operaciones, y aunque es verdad que desembarcaron segunda vez, estaban ya cegadas sus líneas y atrincheramientos, y era necesario empezar de nuevo el sitio como si nada se hubiese hecho (1565).

Temiendo Mustafá que le culpase el gran señor de no haberse atrevido á estar á campo raso delante del enemigo, y le enviase el cordón fatal, se resolvió á vencer ó á morir en el campo del honor; pero ni aun logró este consuelo, porque consternadas sus tropas se quejaban á voz en grito de que querian volver á llevarlas al matadero, de modo que fué preciso arrancarlas de los navios á palos, y llevarlas arrastrando al campo de batalla; mas apenas hicieron una descarga de mosquetería, cuando huyeron al momento con tal confusion, que por no caer vivo el bajá en manos del vencedor, tuvo que abandonarse al torrente de los fugitivos. Desde la ciudad Notable, en cuyas inmediaciones se empeñó la accion, se les fué persiguiendo hasta la orilla del mar donde tenia el almirante turco unas chalupas en que estaban sus mejores arcabuceros para favorecer la retirada. Los soldados cristianos, como tambien los caballeros que eran sus guías y modelos, no veian otro peligro que el de dejar escapar á aquellos odiosos fugitivos, y los perseguian hasta el mar. Muchos de ellos con el agua hasta los pechos fueron á matar á los turcos á fusilazos á bordo de las galeras, en las caales habian puesto ya el pie. Se hizo juicio de que en los varios combates y en toda la duracion del sitio perdieron los infieles treinta mil hombres. La pérdida por parte de la Religion fué de doscientos y sesenta caballeros, y de ocho mil soldados entre aldeanos y vecinos de las ciudades. La ciudad, ó lo que llamaban la gran poblacion ó el gran Burgo de

Malta, con los fuertes inmediatos, parecian menos una habitacion de vencedores que unas plazas abandonadas por el enemigo despues del saqueo. Cuando se retiraron los infieles, apenas quedaban en el Burgo y en el fuerte de San Telmo seiscientos hombres en actual servicio, con inclusion de los caballeros, y la mayor parte de ellos acribillados de heridas.

Luego que se pudo respirar, y que entrando en la ciudad las tropas auxiliares vieron á los hombres y mugeres pálidos y desfigurados, á los caballeros y al mismo gran maestre con la barba y cabello horriblemente desgreñado, con los vestidos manchados de sangre y polvo, llenos de sudor y cayéndose á pedazos, como que hacia ya cuatro meses que no se los habian quitado, y muchos de aquellos héroes privados de una parte de sus miembros y enteramente desfigurados, prorrumpieron en un torrente de lágrimas, no menos de dolor por las calamidades pasadas, que de alegría por una victoria que apenas podia creerse. Para perpetuar la memoria y verdad de un triunfo tan poco verosimil, se dió á la gran poblacion ó gran Burgo, que habia sido su principal teatro, el nombre de *Ciudad victoriosa*, y lo conservó.

Muy diferente efecto produjeron en Constantinopla estas noticias. No bastó todo el orgullo de Soliman para que disimulase la pesadumbre que le causaron. Tiró al suelo la carta de Mustafá, y pisándola, exclamó que sus armas profanadas por sus esclavos solo recobrarian en sus manos su gloria y esplendor, y que el año siguiente iria él mismo á Malta y haria que fuesen pasados á cuchillo todos sus habitantes. Al momento mandó aprestar una escuadra proporcionada á sus grandes designios. En poco tiempo quedó lleno el arsenal de Constantinopla de todo género de preparativos navales, y ocupado el astillero con una infinidad de árboles. La Valette, que no era menos hábil en estratagemas políticos, que

insigne en proezas militares, y que tuvo noticia de aquel armamento formidable y de su destino, formó el designio y halló medio de prenderle fuego. Se vió, pues, precisado el sultán á diferir para otro tiempo la ejecucion de sus venganzas, y en este intervalo, la Providencia dirigió las armas otomanas á la Hungría, donde Solimán, que tenia entonces setenta y seis años, fué acometido de una calentura maligna que le quitó la vida delante de Sigetta.

Entretanto el magnánimo gran maestre resolvió reparar con ventaja las pérdidas de la religion, la cual, aun despues de la fuga de sus mas mortales enemigos, parecia hallarse casi en el mismo peligro que durante sus ataques. El gran Burgo, lugar donde residia el gefe y el cuerpo de la orden, como tambien los fuertes de San Telmo y de San Miguel, estaban sin murallas, todas las fortificaciones arruinadas, la artillería desmontada, los cañones reventados, las casas derribadas, las cisternas agotadas, los almacenes sin viveres ni municiones, ningun dinero para abastecerlos, pocos soldados en las plazas y todavia muchos menos caballeros, la mayor parte de las aldeas quemadas y los campos sin habitantes; en una palabra, se hallaba toda la isla tan asolada, que, desesperanzados los mas respetables comandadores de volver á ponerla jamás en estado de defensa, fueron de parecer que se abandonase y se trasladase á Sicilia la residencia de la Religion; pero la Valette, que en los mas crueles apuros no habia querido jamás que se le hablase de ceder un palmo de terreno, resolvió sepultarse en las ruinas de Malta antes que abandonar aquellas ruinas gloriosas en que habian de brotar todavia nuevos laureles. Todos los príncipes cristianos aplaudieron su magnanimidad, y procuraron participar de su gloria, contribuyendo liberalmente á la ejecucion de sus elevados designios.

Habia observado en todos los ataques que de cuantas fortalezas habia en Malta ninguna estaba mejor situada que el fuerte de San

Telmo, donde casi se habian estrellado todas las fuerzas otomanas, y que si habia cedido, era por ser demasiado pequeño y hallarse construido con poca regularidad. Habia tambien advertido que el gran Burgo á donde se habia creído oportuno trasladar el convento, estaba dominado de rocas y colinas, desde las cuales podia disparar la artilleria contra su centro y por toda su estension. Ya hemos visto que el fuerte de San Telmo estaba en una lengua de tierra que corre entre el puerto Musciet y el puerto grande reservado para los navios de la religion. Cerca de este fuerte y en el mismo promontorio levántase el monte Sceberras, que, unido al sitio en que se hallaba el fuerte, presentaba bastante estension para edificar una ciudad con todas las defensas que puede añadir el arte á la naturaleza, y á mayor abundamiento situada de modo que podia servir de llave á los dos puertos. A 28 de marzo de 1566, es decir, menos de siete meses despues de haber quedado libre la isla de Malta, puso el gran maestre en este sitio la primera piedra de la ciudad, que en memoria de este grande hombre se llama La Valette. Llevóse á cabo la obra con toda la presteza que exigia una empresa de que dependia la salud pública. Ricos y pobres, soldados y caballeros, todos trabajaban á su modo, sin que nadie quisiera usar de título alguno de esencion. En el espacio de cerca de dos años el gran maestre no se apartó de los albañiles, herreros y carpinteros, comiendo entre ellos como un simple artesano, y dando audiencia allí mismo muchas veces. De este modo se logró hacer de Malta la mejor plaza de Europa, y una barrera desde entonces inespugnable á todo el poder de la media luna.

Mientras se estaban echando los cimientos de La Valette, los infieles para consolarse algun tanto del triunfo conseguido por la Religion, atacaron en este tiempo á la isla de Chio, que estaba bajo la dominacion genovesa por

espacio de doscientos y veinte años (1); mas sus defensores no eran los de Malta; ninguno resistió, y todos conservaron la vida; pero se cometieron enormes profanaciones. La iglesia principal, dedicada á San Pedro, fué indignamente saqueada luego, y destruida con todas las demas, á escepcion de la de Santo Domingo que convirtieron los mahometanos en mezquita. Privaron de toda autoridad á los isleños, y les dieron por juez un musulman. El presidente y los doce senadores fueron trasladados con sus familias á varias regiones bárbaras. En la ilustre y numerosa casa de los Justinianos, que era la principal de Chio, se eligieron veintin niños de los mas hermosos y como de unos diez años de edad, para que sirviesen de pages al Gran Señor. Con este objeto era preciso obligarles á abrazar la religion del sultan; pero aunque se les circuncidó por fuerza, nunca se pudo lograr que renunciasen á Jesucristo, al cual confesaban valerosamente mientras estaban despedazándolos con varas y correas, siendo tal la inhumanidad con que se les trataba que quedaron allí muertos muchos de ellos (1566).

Tuvo entonces el libertador de Malta un disgusto tanto mas sensible cuanto procedia de una mano mas respetable. No podia sufrir con paciencia que poseyese un cardenal el gran priorato de Roma, y se habia quejado de ello al Sumo Pontífice; mas á pesar de las favorables respuestas que se le habian dado, ello fué que habiendo fallecido el cardenal Salviati, que disfrutaba este beneficio, le confirió el Papa á su sobrino el cardenal Alejandrino, eximiéndole de pagar á la orden las pensiones de costumbre. Afigióse La Valette al ver este procedimiento en un Pontífice tan virtuoso como Pio V, y le escribió en términos poco moderados, teniendo además el embajador de la orden la imprudencia de esparcir varias co-

(1) Chalcond. t. 1, l. 14, p. 66. De Thou, l. 39; Bos. l. 36.

pias de la carta. Esto fué causa de que se mandase al embajador que no se presentase en lo futuro delante del Pontífice, y despues convirtió en una resolucion fija lo que tal vez no habia sido hasta entonces mas que un efecto de inadvertencia. Esta afrenta sumergió á La Valette en una melancolia profunda, que recayendo sobre su edad avanzada, no tardó un mes en quitarle la vida (1568); pero su muerte no participó de esta debilidad pasagera, pues murió como un héroe invariablemente adicto á la práctica de las virtudes cristianas y sostenido en este último trance con todos los auxilios de la Religion.

Pio V, que habia sido elevado á la Silla pontificia el dia 7 de enero de 1566, tomó este nombre á instancia del cardenal Borromeo á quien era deudor de su eleccion, en memoria del último Papa Pio IV, cuya muerte sucedió en la noche del 8 al 9 de diciembre del año anterior. Luego que el santo cardenal tuvo noticia de la peligrosa enfermedad del Papa, su tio, marchó á Roma á fin de proporcionarle los socorros espirituales de que por un vil miramiento se priva muchas veces á los grandes, aun en las dignidades eclesiásticas. Su primer cuidado inmediatamente que llegó fué oír á los médicos é informarse con seguridad del estado de su tio. Y no habiéndole ocultado que ya habian perdido toda esperanza de su restablecimiento, entró al punto el cardenal en el cuarto del Pontífice, y no tardó en dar á entender á su tio, aunque con la prudencia necesaria, que debia disponerse á comparecer en la presencia de Dios, y dar de mano á cualquiera otro asunto para no tratar mas que de su conciencia. La presencia del Santo, la uncion de sus palabras, la firmeza con que se explicaba y la serenidad de su rostro, despojaron en cierto modo á la muerte de todo lo que tiene de horroroso. Padecia no obstante cruelmente dentro de sí mismo el piadoso cardenal, pues veia morir á un tio que le amaba como si fuese su padre y le habia honrado constantemente

te con su confianza y á quien él mismo amaba con el mismo amor. Mostrándose en medio de esto tranquilo y con un semblante siempre inalterable, administró por sí mismo al enfermo el Viático y la Extremauncion, le exhortó á hacer todos los actos que preparan á una muerte cristiana, y no se apartó de su lado hasta que exhaló en sus brazos el último aliento. Hallábase presente á esta muerte San Felipe Neri con el santo cardenal, y recibió tanto consuelo Pio IV con la compañía de estos dos Santos, que espiró como el viejo Simeon, dando gracias al Señor por la paz saludable con que moria.

Los nepotes del Papa difunto, principalmente despues de un Pontificado de cierta duracion, tienen por lo comun grande influjo en las resoluciones del cónclave siguiente. Habia reinado Pio IV ocho años, y dejaba en el Sacro Colegio un número de hechuras mas que regular. Utilizó esta ventaja el cardenal Borromeo, pero como Santo y solo para el bien de la Iglesia. Puso desde luego los ojos en Moron, y despues en Buoncompaño y Sirlet, dignos todos tres de la tiara por la eminencia de sus virtudes y talento; mas no se le lograron sus deseos, porque como el celo es muy distinto de las maquinaciones del espíritu de partido, no cuenta por legítimos todos los medios que pueden conducir al logro de sus fines. Resolvióse despues á hacer que eligiesen, como se hizo, al cardenal Alejandrino, llamado así por razon de la ciudad de Alejandria, en la Lombardia, en cuyo territorio habia nacido; prelado que mereció por su virtud ser colocado en el número de los Santos, y de un talento que muy en breve conocieron los religiosos dominicos, entre los cuales fué admitido á pesar de su oscuro nacimiento, y que le elevó por grados hasta la cumbre de las dignidades eclesiásticas (1). Conocia perfectamente San Carlos su capacidad para los negocios, como que la habia experimentado muchas veces, siendo

(1) Vid. de S. Carl. l. 1, p. 186.

Pontífice su tío. Tales fueron las razones que tuvo Borromeo, únicamente relativas al bien de la Iglesia; porque si hubiera consultado sus intereses, habría alejado de la dignidad pontificia al cardenal Alejandrino, ó sea Miguel Ghisleri, que sobre no haber sido muy bien tratado por Pio IV, debía su promoción á Paulo IV, de la casa de los Caraffas, arruinada en tiempo del último Papa.

El único favor que pidió el santo cardenal á Pio V luego que estuvo entronizado, fué que le permitiese retirarse á su diócesis; pero necesitando Pio de la presencia de Borromeo para tomar el hilo de los negocios, y particularmente para la ejecución del concilio de Trento, le detuvo aun algunos meses; y finalmente, habiendo repetido el santo arzobispo sus instancias, le dejó en libertad para ir á reunirse con sus ovejas. Entonces fué propiamente cuando principió Carlos á desarrollar en su conducta las virtudes de los mas respetables obispos de la santa antigüedad, y particularmente de su predecesor San Ambrosio, á quien habia elegido por modelo de su vida pública y doméstica. Renunció su patrimonio en sus parientes como un objeto de vanidad y un manantial de distracciones para un obispo; pero antes vendió un principado de diez mil ducados de renta, y empleó todo su valor en limosnas y obras pías. Aunque pudiese hacer excelente uso de los beneficios que le habia conferido el Papa, su tío, no se creyó dispensado de seguir á la letra los decretos del Santo Concilio que reprobaba esta pluralidad; y de ochenta mil escudos de renta anual, no se reservó mas que una cuarta parte, procedente de su arzobispado, de una pensión sobre el de Toledo, y de lo que tomaba de su patrimonio. Aun así se lamentaba de no poder sufragar de otro modo á sus cargas, y sustentarse como los primeros obispos con las oblaciones de los fieles. Doce abadías que disfrutaba, con muchas pensiones, ó las entregó pura y simplemente en manos del Papa ó las aplicó á

los seminarios y á otros establecimientos piadosos y caritativos, sin que tuviese parte en esta distribución ningun pariente ni hechura suya.

Eligió un ecónomo para eximirse del cuidado de las cosas temporales, otro oficial á quien dió el encargo de recibir á los huéspedes, un enfermero y dos limosneros, uno de estos para las limosnas públicas y otro para las secretas. Tenia doce camareros testigos continuos de todas sus acciones de día y de noche. Instituyó además dos censores de su conducta, sacerdotes de mucha virtud y juicio, instruidos, firmes y sinceros, y les mandó que le advirtiesen todas sus faltas por pequeñas que fuesen, así en su vida privada como en el gobierno de su pueblo, siéndole tan útil esta institución, que en el sexto concilio celebrado por disposición suya, mandó que todos sus sufragáneos se sujetasen á ella del mismo modo que el metropolitano. Estableció en su casa un prefecto espiritual, cuyo oficio consistia en atender á las necesidades espirituales y en cuidar de las costumbres de toda la familia. Un sacerdote de eminente virtud, á quien llamó preposito en lugar del título mundano de mayordomo, cuidaba del buen orden de la casa y de la observancia de los reglamentos prescritos. Cuando admitía un sugeto en su casa, despues de haberse informado de personas piadosas y asegurándose de que en aquella vocación no tenia ninguna parte la esperanza de los beneficios, le mandaba hacer ejercicios espirituales en uno de sus seminarios, le daba libros piadosos, y le experimentaba por algun tiempo ejercitándole en oficios bajos, especialmente cuando el sugeto era de familia noble y propenso á la vanidad. Los sacerdotes decían misa diariamente y se confesaban todas las semanas. Los legos comulgaban una vez al mes, y llevaban al prefecto espiritual una cedulita de su confesor; juntábanse por la mañana en la capilla arzobispal, donde despues de un rato de oración mental rezaban el oficio parvo hasta

visperas, rezando luego allí tambien estas y las completas en las horas destinadas al efecto. Los clérigos que estaban obligados á rezar el oficio divino, acudian al mismo tiempo á la antecapilla del santo arzobispo, el cual rezaba con ellos matines, laudes y prima, despues de hacer oración mental.

Comian todos juntos en un gran refectorio, y durante la comida se leía siempre en algun libro piadoso. Comia tambien allí el Santo antes de comenzar la penitencia extraordinaria, que despues nunca interrumpió, de no alimentarse mas que con pan y agua, pues temió entonces que inspirase su ejemplo una emulación indiscreta. Al levantarse de la mesa, iban á la capilla á dar gracias á Dios, y rezaban las letanias. Todos ayunaban los viernes del año y comian de vigilia en los miércoles. Absteniábase tambien de huevos y lacticinios del mismo modo que de carne mientras duraba el Adviento, el que, segun el orden ambrosiano, comienza en Milán el primer domingo despues de San Martín, así como principia la Cuaresma en el domingo de Quincuagésima. Por mas sobresalientes que fuesen las circunstancias de los celadores establecidos por el santo arzobispo, queria saberlo todo por sí mismo, y se informaba con gran cuidado de las acciones de cada uno. Tenia consejo una vez al mes para examinar el gobierno de su casa. Iba muchas veces á visitar los cuartos de la familia, para ver por sus propios ojos si se ejecutaban con puntualidad sus disposiciones. No se desdenaba de entrar en conversacion con los criados de infima clase, á fin de saber no solo el estado en que se hallaba su conciencia, sino si los trataban bien y si les hacia falta alguna cosa. En todo los trataba como hermanos ó hijos, mas bien que como criados. De este modo, con su vigilancia, con su afabilidad y con su ejemplo, convirtió su casa en un seminario de buenos religiosos, de santos sacerdotes y aun de grandes apóstólos y de grandes obispos, los cuales esparcieron por todas partes la dis-

ciplina admirable que habian aprendido con aquel excelente maestro de la perfección clerical.

Habia llegado por fin el tiempo en que tenia resuelto el Señor enjugar las lágrimas de su Iglesia, y dar insignes pruebas de su gran misericordia para con su pueblo, proveyéndole de pastores cuyo ejemplo y palabra fuesen la lección del rebaño. Mientras que la Silla de Milán brillaba con el mas puro resplandor de las virtudes episcopales, la Silla eminente, cuya luz debe reflejar sobre todas las demas, esto es, la Cátedra de San Pedro, ofrecia al mundo cristiano, no solo un Pontífice dotado de sabiduría, de probidad y de las demas virtudes comunes, sino, para decirlo en una palabra, un Santo digno de ser canonizado, y que luego que estuvo en el trono manifestó que ocuparia un lugar distinguido en nuestros altares. Lleno Pio V de la ciencia de los Santos, comprendió desde luego que para gobernar con fruto la Iglesia de Dios, debía establecer un régimen ejemplar en su propia casa (1). Quiso que cada uno de los que la componian, le diese una noticia exacta de su empleo, de sus obligaciones y de sus beneficios; se instruyó á fondo de su carácter, talento, virtudes y defectos, atendiendo únicamente al mérito para emplearlos y promoverlos; mandó á los sacerdotes que celebrasen el Santo Sacrificio de la Misa tres veces á la semana por lo menos, y á los diáconos y subdiáconos que comulgasen de quince en quince días; y dispuso que los que estaban ordenados de menores y gozaban renta eclesiástica, llevasen corona abierta y hábitos clericales, sin usar ninguna cosa de seda. Quería que se dedicasen todos al estudio de las Santos Padres, á cuyo efecto estableció tres lecciones de teología cada semana en el Palacio pontificio, dando orden al catedrático de que cuidase con

(1) Gabat. Vit. Pii V. l. 1, c. 22; Ciacon. t. 3, p. 992.